



EL PASAJE DE LOS PANORAMAS



100% SOSTENIBLE
100% RESPONSABLES
100% COMPROMETIDOS

ASÍ HEMOS HECHO ESTE LIBRO



Salvo casos excepcionales, trabajamos con una empresa papelera que funciona con biocombustibles locales y se abastece de los bosques cercanos, que gestiona de forma estrictamente sostenible. Ha implantado voluntariamente el Reglamento de la Unión Europea de Ecogestión y Ecoauditoría, y WWF la considera una de las fábricas más sostenibles del mundo.



Allí fabrican el papel interior y exterior con el que se ha hecho este libro, con unas emisiones certificadas de 365 kg de CO₂ por tonelada de papel: un 50 % menos que la media europea y un 75 % menos que la media española. En otras palabras: uno de los papeles más sostenibles del mercado (además de tener las certificaciones FSC, PEFC, ISO9001, ISO14001 y EU Ecolabel).



Uno de los mayores problemas ecológicos a la hora de fabricar papel (y de hacer libros) es el consumo de agua: la media europea está entre 10 y 15 litros por kilo según la European Environmental Agency. La fabricación del papel interior y exterior de este libro ha consumido solo entre 3 y 4 litros por kilo de papel.



Queremos eliminar todos los materiales de origen fósil de nuestros libros y de nuestro trabajo. Por eso este libro no está plastificado (si lo estuviera, su tirada habría consumido más de 500 m² de plástico).



El transporte del papel desde la empresa papelera hasta la imprenta se hace, en buena medida, en trenes de larga distancia, e imprimimos a menos de 300 km de nuestra oficina, todo lo cual nos permite reducir notablemente las emisiones contaminantes.



Una vez fabricados los libros, los envíos que dependen de nosotros se realizan mediante una mensajería con una de las flotas eléctricas más importantes de España (no es perfecto, lo sabemos, pero supone un primer ahorro de emisiones). Además, el 100 % del personal es contratado y cobra un sueldo fijo, no por entregas (algo fundamental para garantizar formas de conducción más seguras para los trabajadores y más sostenibles para el planeta).



Toda la energía utilizada para editar este libro es 100 % energía verde renovable y certificada. Además proviene de una cooperativa de la que nuestra editorial es miembro, de modo que consumimos la energía que previamente producimos en instalaciones solares, eólicas o de biomasa.



Todos los recursos económicos utilizados para editar este libro estaban depositados en la banca ética, y allí llegarán también los beneficios (¡esperemos que los haya!). De este modo garantizamos que este dinero solo revertirá sobre proyectos sostenibles, con un interés social, cultural y medioambiental, sin inversiones en la economía de las energías fósiles.

Si quieres más información sobre estas cuestiones puedes leer el apartado «Compromisos» de nuestra página web o escribirnos a info@erratanaturae.com.

DOS O TRES COSAS QUE TENGO CLARAS

DOROTHY ALLISON

TRADUCCIÓN DE REGINA LÓPEZ MUÑOZ

e

errata naturae

PRIMERA EDICIÓN: abril de 2024
TÍTULO ORIGINAL: *Two or Three Things I Know for Sure*

© Dorothy Allison, 1995
All rights reserved including the right
of reproduction in whole or in part in any form.
This edition is published by arrangement with Dutton,
an imprint of Penguin Publishing Group,
a division of Penguin Random House LLC
© de la traducción, Regina López Muñoz, 2024
© Errata naturae editores, 2024
c/ Sebastián Elcano 32, oficina 25
28012 Madrid
info@erratanaturae.com
www.erratanaturae.com

ISBN: 978-84-19158-66-6
DEPÓSITO LEGAL: M-5862-2024
CÓDIGO IBIC: FA
ILUSTRACIÓN DE CUBIERTA: *Untitled Michelle*, © Mercedes Helnwein, 2023
MAQUETACIÓN: Eztizen Uriarte
IMPRESIÓN: Kadmos
IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Los editores autorizan la reproducción de este libro, de manera total o parcial,
siempre y cuando se destine a un uso personal y no comercial.

Para mis hermanas

«Voy a contaros una historia», les susurraba a mis hermanas cuando nos escondíamos detrás de las colinas de tierra rojiza donde se cultivaban frijoles e hileras y más hileras de fresas. Sus caras eran flacas, afiladas, de pómulos altos y ojos inquietos, como la de mi madre, como la de mi tía Dot, como la mía. Aldeanas, es lo que somos y lo que siempre hemos sido. Nos llaman también «vulgo», «cochambre», «clase trabajadora», «pobres», «proletas», «chusma», «escoria» y «gentuza». De todo ello, de todas nosotras, soy capaz de inventar una historia. Conseguir que sea bonita o triste, hilarante o turbadora. Revestirla de leyenda, de cierta aura, de romanticismo.

«Voy a contaros una historia», arrancaba, e hilaba una nueva. Cuando éramos pequeñas, tenía la habilidad de atrapar a mis hermanas igual que ellas atrapaban mariposas, captaba su atención y casi las hacía creer que todo lo que les contaba era verdad. «Voy a hablaros de las mujeres que huyeron. De todas esas mujeres míticas que huyeron». Les hablaba de las reinas brujas que guisaban a sus enemigos en calderos

inmensos, de las piedras preciosas que crecen bajo las lenguas de las mocasines de agua. Al cabo de un rato, la mayor satisfacción, mayor aún que el pavor en los semblantes de mis hermanas, las carcajadas y —Señor, ayúdanos— la esperanza, radicaba en la propia historia.

La pregunta constante de mi niñez fue: «¿Dónde estabas?». La respuesta: «En ningún sitio». Ni mi padrastro ni mi madre me creían, pero no había castigo que revelara otra respuesta. Porque la verdad era que no iba a ninguna parte; a ningún sitio en concreto y a todos los lugares imaginables. Paseaba y me contaba cuentos a mí misma, salía de nuestro barrio y me metía en otro, llegaba hasta el centro comercial y media vuelta. El rubor que mi madre atribuía a una tarde de hurtos en tiendas o actos vandálicos era, en realidad, simple apuro, porque mientras paseaba hablaba en voz alta —contaba historias en voz alta—, asumiendo identidades de mi propia invención. A veces lo hacía a solas, razonando de viva voz como jamás podría haber hecho en casa. Otras, me transformaba en gente que había visto por televisión o sobre la que había leído en libros, iba a sitios de los que apenas había oído hablar, hacía cosas que nadie que yo conociera hubiera hecho, en particular, cosas que, en teoría, las chicas no debíamos hacer. En el mundo que reconstruía no había nada prohibido; todo era posible.

Voy a contaros una historia y quizá me creáis.

En el sótano del hospital general del condado de Greenville, les dije a mis hermanas, hay un laboratorio adonde llevan a los bebés. A las mujeres pobres —mala familia, color malo, zona mala del pueblo— las desgracian, les alteran el cerebro. Eso fue lo que pasó. Así fue.

¿Me creéis?

Soy una contadora de historias nata. Me lo curro para que me creáis. Intercalo datos veraces, altero algún detalle aquí y allá, agrego la certeza de lo atroz. Domino la utilidad de la ficción en un mundo de verdades como puños, sé que una ficción llega a ser una verdad aún más dura. La historia de lo que sucedió, o de lo que no sucedió pero debería haber sucedido, puede convertirse en un telón totalmente bajado, un elemento aislante, un disfraz, una cuchilla, una herramienta que cambia con cada uso y, en ocasiones, se transforma en algo distinto a lo que pretendíamos.

La historia se convierte justo en lo que necesitamos.

Hay dos o tres cosas que tengo claras, y una de ellas es lo que implica que la única versión de tu vida que aprecias sea la que tú misma has creado.

Voy a contaros una historia. Si he podido convencerme a mí misma, a vosotras también. Aunque vosotras no estabais cuando esto empezó. Vosotras no erais la persona a la que yo estaba convenciendo. Cuando todo empezó sólo había pesadillas y necesidad y una terca determinación.

Cuando todo empezó sólo estaba la sospecha de que inventarse la historia sobre la marcha era la única manera de sobrevivir. Y si de algo sé es de sobrevivir, de reconstruir el mundo mediante una historia.

Pero ¿dónde estoy yo en las historias que cuento? No soy la narradora, sino la mujer dentro de la historia, la mujer que cree en las historias. ¿Cuál es la verdad sobre ella? Fue una de ellas, una de las mujeres míticas que huyeron. Una reina bruja, una doncella guerrera, una madre con una maleta de lona, una hija con los huesos rotos. Las mujeres huyen porque no les queda otra. Yo huí porque de lo contrario habría muerto. Nadie me explicó que te llevas tu mundo contigo, que huir se vuelve costumbre, que el secreto para huir es saber por qué huyes y hacia dónde te diriges, y dejar atrás la razón que te ha hecho huir.

Mi madre no huyó. Mi tía Dot, y tía Grace, y mi prima Billie con su patulea de hijos que rozaba la docena... ellas no huyeron. Ellas aprendieron resiliencia y determinación y el precio que se paga por unas avenencias difíciles. Ninguna de ellas tuvo nunca intención de malograr su vida ni la de sus criaturas, de dejarse atrapar por



esas avenencias difíciles ni de acabar molida hasta el punto de no recordar ya quién era, cuáles habían sido sus intenciones al principio. Pero así ocurrió. Ocurría una y otra vez.

Era tía Dot quien lo decía. Decía: «Jesús bendito, niña, yo sólo tengo claras dos o tres cosas en esta vida». Echaba la cabeza hacia atrás y esbozaba una sonrisa de oreja a oreja acompañada de un ruidillo de impaciencia. Sus ojos centelleaban igual que el sol sobre las escamas de una boca de algodón. Soltaba un escupitajo y se encogía de hombros. «Dos o tres nada más, sí...», añadía. «Por supuesto, nunca son las mismas, y nunca las tengo todo lo claro que me gustaría».



El olor del sitio donde nací —Greenville, en Carolina del Sur— no se parece al de ningún otro lugar donde yo haya estado. Hierba húmeda recién cortada, manzanas verdes partidas en dos, mierda de bebé y botellines de cerveza, maquillaje barato y aceite de motor. Todo maduro, todo en proceso de descomposición. Perros de caza que se me abalanzaban a las pantorrillas. Gente que gritaba a lo lejos; grillos que estallaban en mis oídos. Era un paraje espléndido, lo juro, el lugar más hermoso donde yo haya estado. Hermoso y terrible. El paisaje de mis sueños y también el de mis pesadillas: cielo impoluto azul y rosa, tierra rojiza, arcilla blanca, y ese verdor interminable: kilómetros y kilómetros de sauces y cornejos y abetos.